



Por Vicente López

Una entrevista humana a una leyenda del turf

EDUARDO EL "SESO" LUQUE REGRESA GALOPANDO SUS PASOS...



Contaba un aficionado -muchos años después- cuando por los años 60 vio correr a Eduardo Luque Hidalgo, que jamás olvidará esa finura, esa elegancia en la forma de conducir un caballo de carrera.

Hoy, este guayaquileño no vuelve como dice el tango "con la frente marchita", mas parece que no han pasado los años por él, y se mantiene muy activo luego de permanecer una larga estancia en los Estados Unidos de América.

En realidad, el Flaco regresa galopando sus pasos. Al conjuro de recuerdos inolvidables que avalaron una existencia preñada de sucesos inverosímiles, que hablan de un carácter díscolo, indomable, pero con todo, con sus triunfos y fracasos, con sus debilidades por el buen vino, no hay duda que la afición, que lo conoce de toda la vida todo se lo perdonó...todo se lo perdonó porque desde chiquito cuando iba de la mano de su padre, don Segundo Luque - el fundador del clan- era el que abría la bronca, el que decía las verdades de frente, pero a su vez, siempre defendió con sudor los boletos que el público aficionado en las apuestas confiaba a su profesionalidad.

De ahí que todo se olvidaba cuando con la solemnidad de un general de caballería, se acomodaba en el caballo al que le habían confiado y preparaba las riendas. Allí no era el díscolo, el peleón, era el señor Eduardo Luque, quien por su inteligencia al conducir un caballo se ganó el apelativo del Seso Luque.



En el Palco María Eugenia López de Rojas, Eduardo Luque y Santiago Salem.

UNA LEYENDA

Para las nuevas generaciones que no conocen a ese hombre enjuto, añoso, que frisa

ya los 72 años y que estuvo el domingo en el hipódromo samborondeño, Eduardo es una leyenda dentro de la historia del turf, no sólo guayaquileño, sino ecuatoriano en general. Desde que vio a su padre ganar con Rico de Oro y conocer a Gran Gamín, allá en el Viejo Jockey Club del Parque Forestal, supo que como sus hermanos Clemente, Ricardo, Óscar, Félix y Antonio que su vida iba estar allí, cerca de las patas de los caballos. Pero no quiso ser del montón, por eso se dio de golpes muchas veces con la vida hasta darse paso entre los mejores yoqueis del patio.

En el Santa Cecilia alternó con el viejo Tiburcio Tapia, un anciano que seguía corriendo aún a sus 70 años, y compartió el honor de conocer de cerca al Ídolo de Ébano, Mar Negro (1965) junto a Mario Jaramillo, Leonardo Mantilla y el notable Abel

Vaca.

Cuando el Santa Cecilia le quedó chico, se fue a Quito y corrió en La Carolina, y quiso traspasar fronteras y se fue a Colombia. Allí corrió en el hipódromo San Fernando de Cali y se ganó el Derby Reina de la Caña de Azúcar con el caballo Puchacay. Luego en el Techo de Bogotá admiraron a este ecuatoriano por su impecable conducir, y hoy evoca que se hizo famoso con Tequendama, un caballo con el que ganó todos los clásico y así triunfó tanto en Colombia, como en Panamá, Estados Unidos y El Salvador. En todas partes dejó amigos. "Porque nunca decepcioné a un propietario, muchos de ellos ya no están pero si estuvieran vivos los señores Edmundo Valdez, Aspiazú, Alberto Vallarino y Raúl Lebed dieran fe de aquello, así como el Ing. Miguel Salem Dibo, por él derramo lágrimas cuando lo recuerdo, era como un padre para mí, sin duda fue el más grande, el más justo, con un corazón de oro y positivo como era, siempre alentó el talento."

De los periodistas, recuerdo a Ricardo López, "siento que fue mi hermano, cuando él llegó a Colombia siendo Presidente de la ACHE, sus colegas le informaron de mi desempeño y se enorgullecó de ser mi amigo, sus comentarios y críticas las consideré constructiva, porque él sabía que yo tenía que alzarme para demostrar mis cualidades, sobre todo en un mundo tan competitivo como fue la época del Santa Cecilia donde habían muy buenos jinetes".

De los siete jinetes que dio la Familia Luque, Eduardo fue considerado el mejor, e innumerables caballos pasaron por su fusta inspiradora: Peter Flower, Palo Blanco, Pamplona, Diógenes de Fernando Fiore, Farsante, Primer Carlos, T. R., Paraiseño... El Galeno, Curro y tanto más.

EL HIJO DEL PUEBLO

El domingo pasado el hipódromo fue una fiesta, una concurrencia inusual vio al Flaco y lo reconoció de inmediato, y de una manera espontánea como sólo lo hace la gente de la popular, lo ovacionó y le dio sus aplausos. Era el hijo del Pueblo que volvía al alero de ese hipódromo querido donde también

prodigó con sus triunfos, porque Eduardo Luque junto a Walter Carrión que fue un Maestro en Venezuela, y Leonardo Mantilla - el que le ganó un duelo a muerte en Gua-



yaquil nada menos que al Pulpo Irineo Leguisamo, constituyen la trilogía de mejores fustas que ha dado el Ecuador en toda su historia.

Por ende, me parece en lo personal, ayer, aquel atardecer memorable en el legendario hipódromo Costa Azul de Salinas, por el año de 1973, cuando poseído por una fuerza sobrenatural, el Flaco de las mil batallas pisteras vistiendo la casaquilla del stud Camisetas Amarillas, ganó con T.R. un clásico a Macondo y El General. Era un poseído, tenía la velocidad del relámpago y en cuestión de segundos podía definir una victoria en finales realmente espectaculares.

Ahora, al conjuro de sus 70 años, el Viejo Eduardo, retorna alejado de los fantasmas que lo atormentaban, con más sabidurías y recuerdos, y vuelve mirando en lontananza hacia atrás en el pasado, por la dimensión de un hipódromo que desde que tuvo conciencia fue el comienzo y el final de una larga vida a lo Gardel, consagrado en la adoración por los caballos.



En el paddock externo del hipódromo recordaron memorables momentos los ex jinetes Abel Vaca, Leonardo Mantilla, Eduardo Luque Hidalgo, Iván Albuja y César Escobar.